

Armando Hart, un nombre imprescindible en la Historia de Cuba

Dra. Marlene Vázquez Pérez

Directora del Centro de Estudios Martianos

No se puede hablar de la cultura cubana de la segunda mitad del siglo XX y de lo que va del XXI sin mencionar el nombre de Armando Hart Dávalos. Apenas acontecido el triunfo de la Revolución cubana, ese joven abogado nervioso, inteligente, lleno de energía y fervor patriótico, se convierte en figura imprescindible para las cruzadas de transformación social que recién se iniciaban. De hecho, como Ministro de Educación, es el máximo responsable de la obra cultural más importante de la nueva Cuba, la Campaña de Alfabetización.

Si bien esta tarea magna fue el resultado del trabajo de muchas personas, y debe ser vista sobre todo como el logro de todo un pueblo, decidido a salir de las tinieblas de la ignorancia e insertarse con nueva luz en la senda del ejercicio de la dignidad y libertad plenas, cabe a Hart el mérito indudable de haberse rodeado de un equipo de colaboradores capaces, abnegados, entusiastas como él, para quienes la palabra NO carecía de sentido. Un equipo que supo conducir con mano maestra, y en medio de las mayores vicisitudes, de la agresión armada, de ataques terroristas, fue capaz de materializar aquella tarea, que daba cumplimiento inmediato a uno de los objetivos fundamentales del programa del Moncada.

Quienes conocemos de cerca la historia de Cuba sabemos que tanto el ideario de Fidel como el del propio Hart estaban ligados a nuestras mejores tradiciones de lucha y de pensamiento. Y detrás de esa Campaña de Alfabetización no hay otra cosa que la enseñanza permanente de Martí, para quien la cultura, la lectura, el cultivo del espíritu, no eran lujos, sino elementos consustanciales a la vida del ser humano, sobre todo del ciudadano comprometido con su pueblo y con su tiempo. Hombre de la Generación del Centenario, bebió de esas fuentes, las hizo suyas y no se desdijo jamás de ellas.

Su gestión al frente del Ministerio de Cultura se inició en una época ardua, a finales de los 70. Desde ahí contribuyó decisivamente al desarrollo institucional del sector, al trazado e implementación de una política cultural seria, inteligente, amiga del diálogo, y

a la consolidación de muchas aspiraciones de los intelectuales y artistas de la Isla. También fue un elemento catalizador de la proyección internacional cada vez más creciente de la cultura cubana en tiempos de Revolución.

Al continuar este repaso sucinto y somero de su rica trayectoria vital, debo detenerme en un hecho trascendental, que cuenta con su inspiración y capacidad organizativa desde su posición como Ministro de Cultura: la creación del Centro de Estudios Martianos, por el decreto número 1 del Consejo de Ministros, del 19 de mayo de 1977. Se concretaba así un anhelo de los estudiosos de la vida y la obra de José Martí, y Armando Hart, siempre ligado a la institución desde que fue proyecto ideal y hasta su último adiós, se convirtió, más que un directivo que debía regir su trabajo, en un colaborador asiduo de sus mejores empeños.

Al fundar la Sociedad Cultural José Martí, ya en la década de los noventa del pasado siglo, ampliaba las miras de la promoción martiana, y se proponía además acrecentar el enriquecimiento espiritual del ser humano de una manera muy especial. En opinión de Armando Hart, la palabra de Martí, su legado de pensamiento, acción política y creación poética, debía contribuir al fortalecimiento del patriotismo del cubano común, incidir en el mejoramiento humano y ayudar en el disfrute y apreciación de los más altos exponentes del arte y la cultura, no solo de Cuba, sino en el sentido ecuménico del término.

Martiano raigal, conocedor profundo de la obra del prócer, supo aplicar en sus tareas de dirección ese conocimiento, que no guardó egoístamente para su propio éxtasis. Reiteradamente lo escuche citar, o leí en varios de sus numerosos escritos, esta frase de Martí, procedente de su magnífica crónica sobre el pintor ruso Vasili V. Vereschaguin: “¡La justicia primero, y el arte después! [...] Cuando no se disfruta de la libertad, la única excusa del arte y su único derecho para existir es ponerse al servicio de ella Todo al fuego, hasta el arte, para alimentar la hoguera!”¹ .

A partir de esas inspiradoras palabras martianas, y también de su propia experiencia, es que Hart define como núcleo medular de nuestra política cultural aquel aserto suyo memorable: “Ha triunfado la justicia. Adelante el arte.”

¹ José Martí. “La exhibición de pinturas del ruso Vereschaguin.” *Obras completas*, tomo 15, p. 433.

Sirvan estas modestas reflexiones como homenaje a su memoria, en este 90 aniversario de su natalicio. También como certeza de que su pensamiento teórico en torno a la cultura sigue estando al servicio de las causas nobles, pues él, como aprendió de Martí, echó su suerte con los pobres de la tierra.